

Cartas de amor

La HISTORIA DE DOS VIDAS

SEGUNDA PARTE

Por JOSUE QUESADA



DE HORACIO A ALBERTO.

Querido Alberto: Hace un mes que Diva partió para Europa. Creo mucho que ella no pueda sobrevivir al golpe que este desgarramiento ha de haber producido en su espíritu, porque es tan frágil, sabe sentir con tanta intensidad, que herirla de esta manera, es acercarla a la muerte. Antes de irse me escribí para suplicarme que acudiera en su auxilio; los padres la llevaban, sin duda, porque habían descubierto todo el drama interior de esta criatura y querían evitar el escándalo, y lo que ellos consideraban su deshonra. Yo no acudí a su llamado y no lo hice, porque estaba seguro que mi actitud hubiera hecho rebalsar la lógica indignación de esa buena gente, a la que yo, luego de haberle proporcionado la dicha inmensa de salvar su hija, le infería el castigo de mi traición, haciéndola mía. Sufría lo indecible durante todo el primer tiempo, y yo mismo noté que mi carácter se iba tornando taciturno, casi retraído. Mi situación, frente a Graciela, no era menos cómoda y cordial; ella seguía su nueva vida de incesante actividad y estaba en casa el menor tiempo posible. Todo contribuía a exaltar mis pobres nervios, no tanto por lo que ella pudiera hacer en mi daño, sino porque yo estaba convencido de la imposibilidad que me asistía de contenerla.

Era evidente que yo podía expresarle de este modo mi pensamiento: "Oyeme, Graciela: ya es tiempo que pongamos punto final a todo esto. Considera que hemos vivido una pesadilla, y que ahora reiniciamos el camino, sin que nada se oponga a nuestra dicha." Pero tal cosa, querido Alberto, que puedo decirte a ti, no era posible intentarlo con Graciela, ni con ninguna mujer. He debido, en cambio, optar por una conducta que pudiera llamar de "buena política", para "reconquistar" a mi mujer.

Hemos pasado los últimos quince días en Mar del Plata, que está en plena "season", y a pesar del esfuerzo que este paseo ha significado para mí, no he logrado gran cosa en mi propósito. Graciela es ahora la mujer más mundana que puedas imaginar: no solamente fuma, sino que baila sin descanso y se baña en el mar con un "maillot" muy llamativo. Como es natural, he debido intervenir en su conducta, pero mi observación, dicha en tono amistoso, provocó en Graciela una sonrisa triunfal.

—Es tarde — me dijo en un tono firme — para que pretendas de nuevo convertirme en una cenicienta, resignada y humilde... ¡Tú tienes la culpa de esta metamorfosis que ahora te sorprende!...

Y tras de algunas frases más o menos parecidas, me soltó las indirectas más mordaces sobre mi conducta. Yo, que tenía cargada de faltas mi conciencia, debí moderar los impulsos que por momentos amenazaron con echar todo a perder. Porque es el caso, querido Alberto, que no quiero llevar las cosas a extre-

RESUMEN DE LO YA PUBLICADO

Todo lo actuado hasta el presente por los protagonistas de esta novela epistolar — Graciela y Horacio, — sintetiza la historia de dos vidas a las cuales parece separar la ruta distinta en que la fatalidad las coloca. En efecto, Horacio, joven médico, ha cedido a la sugestión de un amor más fuerte que su voluntad, y es Diva, su enferma, la que lo conquista por entero. Graciela, mujer moderna, que llega a enterarse de la deslealtad de su esposo, opta por reconquistarlo, modificando su manera de vivir y mostrándose como una mundana; quiere batir a Horacio con sus mismas armas, pero carece de la experiencia necesaria y cae en la lucha con un colega y amigo de su esposo, el doctor Ricardo Vargas. En esta situación, Diva, la causante de todo, es llevada a Europa por sus padres.

mos irreparables y destruir con un campanazo todo mi porvenir. Creo que la "gravidad" de mi falta no es tanta como para determinar el derrumbe definitivo. Además, tú sabes bien que mi afecto por Graciela es profundamente sincero y que si pude alejarme de ella para ceder a una pasión superior a todo razonamiento, no significa que haya dejado de quererla, y mucho menos que le desee infortunio alguno. Al contrario, luego que Diva desapareció tan bruscamente de mi existencia, me propuse encauzar mi conducta dentro de los límites normales. He tropezado, como te he dicho, con la actitud de Graciela, rebelde a toda lógica. Comprendo que estos alardes obedecen a un plan que se propone desarrollar hasta el fin, con el propósito de "vengarse" así de mi deslealtad. Pero es que ya va colmando la medida de lo tolerable, y si por las buenas no consigo volverla a su quicio, entonces, querido Alberto, no habrá más remedio que aplicar el bisturí y cortar por lo sano... ¡Será lo que Dios quiera! Ya debo soportar las primeras consecuencias de esta situación; me han llegado desagradables bromas telefónicas, y uno que otro anónimo, con calumnias tan viles que me han producido náuseas... ¿Cómo puede haber gente tan ruin y miserable, que pueda escribir tales cosas? Imagina, querido Alberto, que en esas líneas — escritas a máquina, naturalmente, — se afirma que Graciela tiene un amante, y que éste es, nada menos, que mi amigo y colega Ricardo Vargas. ¿Te das cuenta? Yo sé que ella ha debido visitarlo en su consultorio; me lo ha dicho él mismo y me ha informado que su mal era puramente nervioso, lo que, por otra parte, yo no lo ignoraba, porque conocía las causas determinante. Pero, ¡de ahí a lo otro!... Graciela busca que las apariencias la condenen, porque de este modo está segura de provocar mi reacción. Desde luego que lo ha conseguido, a medias, aunque dispuesto a

pasar una esponja por el pasado y encauzar mi vida por el camino normal que corresponde a un médico joven y, ¡alábrate!, de prestigio. Nada de complicaciones en el futuro; seré como todos los maridos de este siglo, y los líos que puedan sobrevenir no pasarán de la epidermis; no intervendrá para nada el corazón, y mucho menos el espíritu.

Y ahora, como punto final: si logras saber algo de Diva, en ese París tumultuoso y alegre, escríbeme. Quiero saber de ella; me apena pensar que esa pobre criatura pueda llegar a morir de dolor. Es un crimen que no me perdonaría nunca y que pesaría para siempre en mi conciencia. Te abraza,

HORACIO.

DE GRACIELA A MARINES.

Querida Marinés: Estoy librando la más cruenta de las luchas íntimas que pueda sostener una mujer. Mientras por un lado hago esfuerzos sobrehumanos para mantenerme en mi papel de mujer frívola, por el otro, mi corazón sangra de angustia y de dolor. Me he colocado en una encreujada sin salida y no advierto por ninguna parte la posibilidad de una solución. A veces estoy a punto de decirle a Horacio toda la verdad, y terminar cuanto antes con nuestro vínculo; pero me contiene el temor de un escándalo, que habría de repercutir únicamente sobre mí, ya que en estos trances, somos nosotras las que más sentimos el castigo. El puede haber hecho lo que hizo y el mundo considerará su falta como una "calaverada" sin importancia; en nada sufre su reputación, y mucho menos su honor. Por el contrario, los méritos del hombre se acrecientan a medida que se conocen sus aventuras donjuanescas y las mujeres gustan asomarse un poco a estos espíritus apasionados que revelan aptitudes atraentes y capaces de influir en la sensibilidad femenina. Nosotras, si caemos, premeditadamente o no, somos mil veces culpables y no se tiende una mano para ayudarte a subir. Y si dejándote vencer por el remordimiento te aniquilas, entonces todo ese mundo pequeño y mezquino que te rodea, concluye de aplastarte. Yo he podido sobreponerme a él, gracias a mi gran voluntad; pero ella es la máscara. Por dentro, siento abierta la herida, y pienso que no puedo reanudar otra vez mi existencia con Horacio. Ante mis propios ojos, me considero indigna, porque tú sabes bien, gorda querida, que él es, a pesar de todo, el único a quien quiero con toda el alma. Cuando no se quiere, no se tienen escrúpulos de ninguna naturaleza; fácil resulta, entonces, seguir representando la comedia de la fidelidad. Pero este no es mi caso, desgraciadamente, y es a causa de ello que vivo atormentada por el suplicio de recordar a cada instante mi torpeza. No otra cosa ha sido mi delito, porque si yo hubiera caído atraída por el amor de Ricardo, a estas horas estaría ra-

(Continúa en la página 52)